

Un día en que mi hijo y yo nos encontrábamos sentados plácidamente frente al televisor, degustando una de mis especialidades culinarias, de pronto, tal vez motivado por lo que en aquel momento aparecía en la pequeña pantalla, le dije:

-Oye, desde un tiempo a esta parte estoy observando un extraño comportamiento en la gente. En mis largos paseos por la ciudad he podido comprobar que cada vez son más las personas que hablan solas por la calle. Hasta hace poco, los monólogos callejeros eran propios de alguna que otra persona mayor que, ensimismada en sus pensamientos y con la mirada perdida en el pasado, mantenía una fluida conversación con algún alma en pena que fluctuaba a su alrededor. Pero lo que está ocurriendo en la actualidad empieza a ser preocupante. Ya no se trata sólo de personas afectadas por los achaques de la edad. Lo sorprendente, y al mismo tiempo alarmante, es que en la mayoría de los casos este trastorno afecta ya a gente joven, fuerte, sana y, aparentemente, en sus cabales. Y ahí los tienes, encerrados en su mundo, hablando sin parar mientras caminan solitarios por la calle. ¡Sabíamos que la crisis estaba causando estragos en la sociedad, pero quién iba a suponer que las cosas llegarían a este extremo!

-Papá, esas personas no hablan solas, ni han perdido la chaveta —me respondió mi hijo, precediendo su respuesta de una sonora carcajada— Lo que ocurre es que mientras caminan aprovechan el tiempo para hacer sus gestiones o comunicarse con sus amigos a través del “Bluetooth”.

-¿Y eso qué es? —pregunté con toda la candidez del mundo al oír semejante anglicismo.

Tras explicarme pacientemente mi hijo el significado de dicho término, la conversación derivó hacia otros derroteros, comentando los enormes avances científicos del pasado y del presente, para concluir que las ciencias avanzan que es una barbaridad.

-Precisamente, hablando de estos temas con un compañero de trabajo, —continuó mi hijo— me comentaba hace poco que no podía imaginarse un mundo sin teléfono móvil. Que le costaba mucho esfuerzo hacerse a la idea de que hubo un tiempo en que estos artilugios no existían, señalando seguidamente que la vida de nuestros antepasados, al carecer de este medio de comunicación personal, tuvo que ser muy triste, aburrida y traumática, especialmente para los jóvenes.

Sorprendido por este comentario, eché la vista atrás, recorrí con la mente aquellos años de nuestra infancia y pubertad y, de repente, una ráfaga de pánico invadió todo mi ser. ¡Era verdad! ¡Cómo habíamos podido sobrevivir sin portar en nuestro bolsillo el inseparable teléfono móvil! Es más. Al hacer un recuento así por encima de lo que nos habíamos perdido los niños de entonces, no pude menos que sentir una profunda decepción: Internet, el chat, los e-mails, la banda ancha, los blogs, los foros, los videojuegos, Windows, Access, Excel, Photoshop, Wifi, la consola, el móvil, los tonos y politonos... ¡Qué barbaridad! ¡De cuántas cosas nos vimos privados por adelantarnos en el tiempo! ¡Qué traumático debió resultar para nosotros, niños al fin, haber crecido sin poder disfrutar de todos estos avances técnicos cargados de bits!

Lo curioso del caso, sin embargo, es que por más que rebusqué en el baúl de los recuerdos y en los currículum vitae de los zagales y zagalas que poblábamos mi pueblo allá por los años cincuenta, o en los semblantes de los niños y niñas, de los chicos y chicas que correteaban por las calles de Lobera de Onsella en la década de los sesenta, no conseguí recordar rostros con signos de frustración, tristeza, aburrimiento, abatimiento, desilusión, depresión, desaliento, aflicción, desolación o desdicha. Muy al contrario, en las imágenes de mis recuerdos sólo aparecían caras llenas de vitalidad, energía, entusiasmo, ilusión y optimismo, envuelto todo ello por una desbordante alegría. Menos mal, pensé. Al menos, la carencia de todos esos inventos no había afectado en exceso a nuestra felicidad personal.

Y es que, mirándolo bien, tampoco había motivos para la desesperación. Aunque no disponíamos todavía de computadora personal o de teléfono móvil, en la práctica disfrutábamos ya de la mayoría de estos avances modernos. Si nos detenemos, por ejemplo, en el término “mensaje”, nos encontramos con que una de las varias definiciones que del mismo aparece en el diccionario de la RAE, dice: “Conjunto de señales, signos o símbolos que son objeto de una comunicación”. Y eso es lo que ocurría. Además del habla y de la escritura, que son los dos medios más habituales de entendimiento entre las personas, existían ya en nuestro tiempo otros sistemas basados en las señales, signos o símbolos. Es decir, que del mismo modo que la Iglesia Católica, a lo largo de los tiempos, ha utilizado el humo para proclamar al mundo entero eso de “Habemus Papam”, tanto en mi pueblo como en Lobera de Onsella se recurría también a las fumatas a la hora de transmitir mensajes. Veamos un par de ejemplos:

- Cuando los ganaderos de mi pueblo acordaban subir al Turbón para recoger las cabras que habían permanecido libres durante todo el verano, se repartían la montaña, ascendiendo unos por la cueva de Esplluga Negra, en dirección al Picón de las Ocho; otros por el Sarrau del Medio, y otros por la Canal de las Horas, al tiempo que iban prendiendo fuego a alguna que otra aliaga para indicar a los compañeros, así como a todos los vecinos del valle, su localización en todo momento. La escalada, que tenía sus riesgos, terminaba cuando se

congregaban todos, pastores y cabras, en la cima de la montaña

- En la otoñada, tiempo en que solían parir las ovejas, si un pastor al sacar el ganado tenía programado alejarse mucho del pueblo, por ejemplo hasta la sierra de la Sarda, o hacia las partidas de El Solano o Canales, antes de salir de casa acordaba con la familia, en previsión de posibles emergencias maternas, que si se ponían de parto varias ovejas al mismo tiempo, haría una señal de humo para que alguien fuera a echarle una mano a la hora de transportar los corderitos recién nacidos de vuelta a casa.

Otro sistema muy práctico para comunicarse las personas eran las “sábanas blancas”. Sin embargo, así como en el caso del humo los mensajes, por lo general, se transmitían del monte a la casa, en este caso era a la inversa, desde la casa hacia el monte. Veamos algún ejemplo:

- Si el amo tenía que ir a trabajar a las fincas más alejadas, antes de marchar dejaba dicho que si la dueña de la casa, que había salido ya de cuentas, se ponía de parto, lo avisaran de inmediato por medio de una sábana blanca tendida en el balcón, o en otro lugar acordado, como en otras ocasiones

- Del mismo modo, si se había recibido aviso por parte del comprador habitual de los corderos de que subiría uno de esos días, el amo de la casa, al salir a trabajar al monte, ordenaba a los suyos que cuando llegara el citado tratante se lo comunicaran a través del símbolo de la sábana blanca.

Como atalaya perfecta para enviar mensajes desde Lobera hacia la parte del río Onsella y las laderas de la sierra de la Sarda, nada mejor que el montículo situado detrás de las antiguas escuelas, hoy Ayuntamiento y sede de la Asociación Cultural Sesayo. Para dirigir los “emails” hacia el sur, hacia las laderas que descienden de Santo Domingo, cualquiera de las fincas próximas a las casas era un lugar adecuado para tender la sábana y ejercer así de centro de transmisión de mensajes.

Si nos adentramos ahora en el terreno del “chat”, la cosa cambia mucho. Como remedio para que los tímidos se abran al mundo, vale. De acuerdo. Pero no debemos olvidar que a la hora de “chatear” todos los gatos son pardos. Es bien sabido que al hacer uso de este medio de comunicación puede darse el caso de que nos den gato por liebre. En nuestro tiempo preferíamos la conversación directa, el trato cara a cara, mirándonos a los ojos, ¡a los bonitos ojos de las bellezas de nuestros pueblos! Había lugares y momentos muy apropiados para chatear, tales como al ir a buscar agua a la fuente, con o sin cántaro; cobijados a la sombra de la morera de la plaza de Lobera; en las eras de poniente, mientras el astro rey desaparecía lentamente por las sierras de Sos; al volver las peonadas juntas al pueblo tras un día duro de siega y, sobre todo, en ese lugar que tanto me impresionó el primer día que visité Lobera de Onsella, el lavadero municipal. ¿No creen ustedes que aquella forma de chatear, la nuestra, la

de conversar mirándonos a la cara, era mucho más natural, sincera y satisfactoria que el actual “juego del escondite” al amparo de una pantalla? ¡Vamos, hombre!

¿Y qué ocurría con los tonos y politonos?, dirán ustedes. Pues eso, que aun cuando no disponíamos de teléfono móvil, nuestros pueblos estaban, ya entonces, muy bien surtidos de tonos y politonos. Y el sonido de las campanas era uno de los más bellos.

-Oye, chaval, ‘bájate’ un politono de misa mayor —le decía el cura al monaguillo mientras se hallaban ambos en la sacristía preparando los complementos para la celebración, tales como el amito, el alba, el cíngulo, la casulla, el cáliz o las vinajeras.









Y en el interior del edificio, en el patio, se celebran actividades culturales y deportivas, como el torneo de fútbol que se celebra en el patio, o el torneo de tenis que se celebra en el patio.